

DOCUMENTO MEMORABLE



*Breve é interesante relación del paradero
del patage Santiago, perteneciente á la expedición Loaisa,
y de la heroicidad del clérigo vascongado*

Juan de Areizaga

«Habiendo desembocado el estrecho de Magallanes y entrado en el mar del Sur con buen tiempo el día 26 de Mayo de 1526 la nao capitana Santa Maria de la Victoria, la Parral, San Lesmes, y patage Santiago, continuaron estos cuatro buques unidos hasta el día 1.º de Junio, en que estaban por los 47° 30' de latitud S. y distaban unas 157 leguas del Cabo Deseado, donde los dispersó una tormenta, para no volver á reunirse nunca. Cesó el mal tiempo, y buscaron los del patage á la armada pero sólo vieron á la nao San Lesmes; creyeron que las otras iban delante, y quedaron afligidos, porque siendo pequeño el pañol de este buque, llevaban su pan en la capitana. Eran 50 personas, no tenían ya más que cuatro quintales de bizcocho polvo y ocho pipas de agua, sin otra comida alguna, y se consideraban á 2.200 leguas de la primera tierra poblada de los Ladrones, donde pudiesen hallar que comer.

»Determinaron ir á proveerse á la costa que el capitán general Hernán Cortés tenia descubierta y poblada á espaldas de Nueva España y distaba 800 ó 1.000 leguas, á donde se enderrotaron con la mayor di-

ligencia para salir cuanto antes del frío que tenían, y no hallaron peces en aquel gran golfo, aunque vieron diversidad de aves.—Cortaron la equinoccial, y el 10 de Julio estando en 13° de latitud N. vieron la mar llena de culebras grandes y chicas, toninas y otros peces de que mataron algunos.—El día 11 avistaron una isla, sin poder cerciorarse si otra tierra que veían, era también isla ó tierra firme.—El día 12 recaló el buque á la costa, donde vieron humos y mucha gente que se dirigía hacia donde iba el patage, y éste fondeó á un cuarto de legua de tierra.—Otro día dieron la vela buscando puerto, porque aunque vieron mucha gente, no tenían batel en que poder salir de á bordo.—El día 20 los llamaban de tierra enseñándoles una bandera blanca, y llegaron á una isla pequeña que llamaron de la Magdalena, donde fondearon.—Otro día, en fin, volvieron á dar la vela, y el 25 de Julio surgieron cerca de un cabo gordo en 15 brazas sobre arena limpia.

»Se hallaban en tal estado, que convenía saliese alguno á tierra, ó que diesen con el patage al través, y acordaron que fuese uno en una caja grande llevada á la costa por el oleaje, pero bien amarrada con cabos cuyos chicotes quedaban firmes á bordo para que, si se volcaba, se agarrase el hombre á ella y la tirasen del patage; y que ese individuo llevase tijeras, espejos y cosas de rescate para dar á los indios, porque no lo matasen y comiesen.

»La necesidad y peligro de este recurso movió al clérigo don Juan de Areizaga, que era primo del capitán Santiago de Guevara, á ofrecerse á ir, pues aunque le rogaron no lo hiciese, contestó quería exponerse por la salud de todos; y encomendándose á Dios, se metió en la caja en calzas y jubón con una espada.

»A media distancia del patage á tierra se volcó la caja. Nadaba el clérigo, y juzgando que había menos trecho á la costa, se esforzó para llegar á ella; pero se cansó. Estaba medio ahogado, cuando se animaron á irlo á ayudar cinco indios que aunque había marejada se echaron al agua, lo sacaron á tierra medio muerto, y luego se apartaron de él.

»De allí á media hora volvió el clérigo en sí, se levantó, hizo señas á los indios para que se le acercasen, y en lugar de aproximársele, se echaban en el suelo y abrazaban la tierra; y el clérigo creyendo que aquello era señal de paz y amistad hacia lo mismo.

»Entraron luego los indios en el agua sacaron la caja y un capacho amarrado á ella en que iban las cosas de rescate, y lo pusieron al lado del clérigo. Este quiso darles alguna de esas cosas, pero no quisieron to-

marlas, antes bien le hicieron señas para que fuese con ellos; estando juntos, se ciñó el clérigo su espada y fué con los indios, llevando uno de éstos en la cabeza las cosas de rescate.

»Llegaron á un valle donde perdieron de vista al patage; y luego pasaron un cerro, desde el cual se descubrió una gran población con muchas torres y florestas; cerca de ella salieron más de veinte mil personas á mirar al clérigo, todos armados de varas, arcos y flechas, y delante iban más de doce mil hombres limpiando el camino por donde pasaba.

»Al llegar á la población, le aguardaba el señor muy acompañado, á la sombra debajo de un árbol, y los indios que lo habían sacado de la mar, le decían por señas que aquel era el cacique.

»Siguiendo el clérigo para el pueblo, hablando con el señor sin que el uno al otro se entendiesen, vió hincada en tierra una cruz de palo con la que le saltaron las lágrimas de gozo, y llegando á ella le dijo el señor «Santa María» mostrándole la cruz con el dedo. Supo después el clérigo, que había nueve años que los cristianos la habían puesto allí; la adoró de rodillas é hizo oración, mirándole todos atentamente.

»Concluida por el clérigo la adoración de la cruz, le llevó el señor de la mano á un gran palacio, donde le dieron de comer carnes guisadas, y frutas, y bebió del vino que usaban los indios.

»Después de la comida presentó el clérigo al señor todo lo que traía de cosas de rescate y las recibió con mucho placer; y diciendo que quería volver á bordo á llevar qué comer á los que estaban en el buque, mandó el señor que trajesen tres venados y otras muchas provisiones, con las cuales quiso ir él mismo.

»El clérigo desde un cerillo dió voces á los de á bordo, diciendo que era buena tierra que había mucho qué comer, y que estuviesen alegres, por lo que los del buque dispararon toda su artillería.

»El señor y todos los indios cayeron en tierra de miedo, y el clérigo los levantó de la mano riéndose, les dijo que no temiesen, y por haber marejada no pudieron entrar en el agua y se volvieron al pueblo.

Aquella noche le dieron al clérigo bien de cenar, y un aposento esterado en que durmió.

»Al otro día volvieron á la costa el cacique y el clérigo con más de diez mil indios; se echaron tres al agua, y nadando trajeron del patage á tierra barriles vacíos, y el chicote de un cabo amarrado á otros y á una guindalesa, que todos componían 750 brazas de largo; el cacique

y el clérigo se amarraron en tierra al cabo y los del patage dieron el otro chicote al cabrestante y viraron hasta que llegaron á bordo, habiendo ido al rededor del señor y del clérigo más de 500 hombres á nado que llevaban mucho que comer en los barriles y sobre las cabezas, porque eran grandes nadadores.

»Entrados en el patage se hicieron á la vela, doblaron el promontorio ó cabo gordo que tenían cercano, y fueron á surgir delante de la población.

»El día siguiente se desembarcaron en una balsa que formaron los indios, los castellanos hicieron chozas en la costa adonde les trageron bien de comer, y con el señor fueron á palacio el clérigo, el capitán y otros seis allegados, quedando los restantes en la playa.

»Era grande la multitud que salía á mirarlos, y estuvieron allí cinco días bien tratados y regalados, porque los indios cantaban, danzaban y hacían cuantas fiestas podían para alegrarlos. El señor, sin decir nada á los castellanos había dado aviso á un gobernador cristiano que estaba en una ciudad distante 23 leguas de allí, y al cuarto día volvieron los mensajeros, diciendo que el día siguiente vendría allí un cristiano.

»En efecto al quinto día de haber salido á tierra andaban por la plaza y vieron llegar mucha gente á la que se acercaron, reconociendo que venía allí un cristiano en una hamaca que traían doce indios y era el gobernador de aquella tierra.

»El gobernador recibió muy bien á todos los castellanos; éstos le dieron cuenta de su navegación, le expresaron su deseo de saber qué tierra era aquella, y él les dijo que aquella era tierra de la Nueva España, y que diesen gracias á Dios que los había traído á ella donde no les faltaría nada, con lo cual se retiraron, y habiendo sido antes bien tratados, lo fueron mejor de allí adelante.

»El gobernador fué de parecer que el capitán Santiago de Guevara fuese á Méjico que distaba menos de 150 leguas, dándole guías para el camino, donde don Hernando Cortés le proveería de todo lo que necesitase, y que entre tanto él tendría consigo la gente del patage y la regalaría; pero el capitán se hallaba enfermo de modo que creía no poder llegar vivo, y se acordó que fuese á Méjico el P. Juan de Areizaga.

»Esta ciudad en que estaban se llamaba Macatán, y la otra donde residía el gobernador, Tecoantepeque. La gente del patage quedó haciendo una barca para seguir su derrota.

»El día 31 de Julio salió el P. Areizaga de Tecoantepeque, y habien-

do llegado á Méjico hizo relación de todo á don Hernando Cortés, quien lo recibió y trató muy bien.

»Casi en la misma ocasión recibió Cortés orden del Emperador para que enviase los navíos que tenia hechos en Zacátula, á buscar la nao Trinidad de la armada de Magallanes, que había quedado en los Malucos: y que se juntasen con la Armada que llevaba el Comendador Laoisa, procurando noticias de ella etc.

»Tomó luz Hernán Cortés de que se podía navegará aquellas islas, y determinó echar al agua y armar para enviar á los Malucos tres navíos que estaban construídos, pero el patage, que había llegado á Te-coantepeque con Santiago de Guevara, no pudo seguir el viage, porque estaba muy comido de la broma.»

